

Lejos

(Derek Heartfield)

Él vivía lejos de todo. Y cuando digo de todo quiero decir de absolutamente todo. Lejos de la gente, de las ciudades, de las ventanas, lejos del sol y la luna, del horizonte, lejos de las palabras, de los relojes, lejos del mar. Las dos únicas cosas que se podría decir que tenía cerca eran a él mismo y a su madre. Aunque ni siquiera sabía qué era una madre, sobre todo al principio. Es verdad que con el tiempo fue elaborando algo parecido al concepto de madre a partir de aquel ente que le rondaba, pero nunca la reconoció como tal, ni la llamó mamá. Cuando nació tenía más cosas cerca, sobre todo otra gente además de su madre. Pero la gente se fue alejando de él al mismo tiempo que él se alejaba de la gente.

A nosotros, los que vivimos cerca de todo, podía parecernos triste. Desde nuestro punto de vista era una desgracia tristísima verlo así, tan aislado. Sin embargo, él no se sentía un desgraciado; él era feliz. A pesar de la distancia que nos separaba, se podía apreciar que lo era, sin lugar a dudas, aunque nosotros no fuéramos capaces de comprenderlo, porque ¿de qué se alegra alguien que no conoce nada? ¿que no ha visto nada? ¿que nunca ha escuchado sonido alguno? ¿Dónde está la felicidad de alguien que tiene a su madre al lado, pero no sabe que es su madre? ¿que ni siquiera sabe qué es una madre?

El hecho de no comprenderlo no impedía que su evidente felicidad se impusiera transformando nuestra tristeza en un sentimiento inconsistente, torpe y egoísta. Pensándolo bien, tenía cerca una tercera cosa; la felicidad.

La madre le hablaba a todas horas, sin importarle el silencio que recibía por respuesta. Había aprendido a hablarle sin levantar demasiado la voz, casi susurrando, con voz de madre, como si estuviera hablando con Dios. Y, en lo más profundo, ella pensaba que su hijo podría estar escuchándola, igual que los creyentes albergan la esperanza de que Dios les escucha.

Una mañana, cambiándole los pañales, le hizo una pedorreta en la barriga y él sonrió. Primero pensó que habría sido una coincidencia porque él, que era tremendamente feliz, sonreía a menudo. Pero luego se convenció de que había sonreído por la pedorreta.

En otra ocasión, le pasó algo parecido mientras le canturreaba una canción infantil; él sonrió, incluso movió la cabeza al ritmo de la alegre melodía. Para ella, aquel fue uno de los momentos más dichosos de su vida y siempre lo recordaría con lágrimas en los ojos.

Aquella pobre mujer, que era de los nuestros, de los que estamos cerca de todo, mantenía una lucha constante por convencerse de que su hijo estaba bien. Ella solía afirmar que sí, que lo estaba y cada vez que lo decía o lo pensaba, se sentía engañada por sí misma. Aquello de pertenecer a mundos diferentes le causaba grandes dilemas como ese. Otro era que, a pesar de que para él su madre era una de las pocas cosas que tenía cerca, ella sentía que estaba cerca de todo menos de él.

Quizás el dilema más doloroso al que se enfrentaba era el asunto de la muerte. Por un lado, el instinto le hacía aspirar a que su hijo, contra todo pronóstico, la sobreviviera. Aquel era un instinto primario, animal, que ningún informe médico era capaz de tumbar. Sin embargo, había un segundo instinto dentro de ella que se enfrentaba al otro en un pulso eterno. Ese segundo instinto la empujaba a desear que su hijo se fuera antes que ella para que no se quedara solo.

Es abominable desear la muerte de tu propio hijo y, a la vez, el acto de valentía más grande al que puede aspirar el ser humano. De valentía y de amor, aunque sea un amor torpe y egoísta, igual que la tristeza que transmitía su soledad.

A veces, durante algunas tardes soleadas de primavera, se les veía pasear por el parque de la ciudad, él en su carrito y ella detrás, empujándolo. A quien los observaba, de primeras le asaltaba la ilusión de que estaba contemplando un solo ser, extraño, de otro planeta, o quizás un artilugio sacado de una novela de ciencia ficción, hasta que la imagen se consolidaba y quedaban a la vista apenas dos siluetas algo descoloridas unidas por aquel estrambótico carro. Cuando la primavera envejecía y el sol se hacía fuerte, madre e hijo abandonaban sus paseos y desaparecían, para muchos de sus vecinos hasta el año siguiente.

En la intimidad de su casa transcurrían sus vidas, sobre todo la de él, para el que salir era como dar un paseo espacial para un astronauta; algo tedioso que se hacía como último recurso, si no quedaba más remedio. Para su madre, aunque no resultaba tan fastidioso abandonar el refugio, en cuanto llevaba un rato fuera sentía que la gravedad de su hijo la reclamaba, tirando de ella con fuerza para devolverla a su órbita. Cuando regresaba de sus escasas incursiones al exterior, ambos retomaban su solitario ciclo; él, un planeta errante en mitad del espacio y, ella, su inseparable luna.

De cuando en cuando, notaba ella que el tiempo dejaba de estar varado y fluía con normalidad. Entonces pasaban las horas, incluso los días y ella disfrutaba del leve cosquilleo que le producía el movimiento, y se dejaba mecer sintiéndose parte del mundo que habitaba. «¿Notará mi pequeño el paso del tiempo?», se preguntaba en esas ocasiones y, como pasaba siempre, una parte de ella opinaba que sí y la otra que no.

El niño finalmente murió primero, poco después de cumplir los trece años y su madre sintió un alivio tan inmenso como su pena. Hasta mucho tiempo después, ella se estuvo reprochando aquellos sentimientos. Ambos. El uno por una parte de ella y el otro por la otra.

Si ella hubiera llegado a atisbar hasta qué punto era feliz su hijo, no habría podido soportar ni el dolor ni el remordimiento y no hubiera tardado en irse con él. Si hubiera podido al menos observarlo en alguna ocasión desenvolverse en su mundo. Un mundo que, por más que nos cueste imaginar, no era un mundo vacío. Él lo había llenado, moldeando la nada, transformándolo en un lugar apacible, lleno de increíbles matices. Un mundo tan maravilloso como

incomprensible para el resto de los mortales, como la obra de un genio adelantado a su tiempo. Un mundo más que lleno; rebosante, exuberante. Si su madre hubiera podido echar un vistazo a aquel mundo. Pero eso resultaba tan imposible como que él contemplara el nuestro. A lo más que podíamos llegar cualquiera de nosotros, los que vivimos cerca de todo, con nuestra limitada capacidad de observación era a ver lo lejos que estaba y, en los momentos de mayor lucidez, a contemplar, absortos, su inexplicable felicidad.

Fin.